

DOLOR SANTIFICADO

No. 3435

UN SERMÓN

PUBLICADO EL JUEVES 3 DE DICIEMBRE DE 1914

PREDICADO POR C. H. SPURGEON

EN EL TABERNÁCULO METROPOLITANO, NEWINGTON

«Oh afligida, azotada por la tempestad, sin consuelo; he aquí que yo cimentaré tus piedras sobre hermosos colores, y tus cimientos sobre zafiros. Y pondré tus ventanas de piedras preciosas, y tus puertas de carbunclos, y todos tus límites de piedras preciosas» (Isaías 54:11-12)

¿Quién puede dudar que esta promesa pertenece a la iglesia gentil, ya que se ha cumplido tan ricamente en su historia? Durante muchas edades la luz no brilló sobre las tierras paganas. Un solo lugar en toda la tierra recibió los rayos benignos del Sol de Justicia. Vastos continentes, densamente poblados, llenos de vida, bullicio y empresa, yacían extendidos como un desierto moral, estériles y abandonados. Pero poca revelación de Dios había hallado camino entre las multitudes. A ellos no se les había proclamado la dispensación de la gracia de Dios. El misterio de Cristo aún no era dado a conocer a los hijos de los hombres.

Los israelitas tenían el monopolio de los privilegios del pacto. Pero ahora, en estos últimos días, ¡cuán maravillosamente han cambiado las tornas! Las ramas del olivo silvestre han sido injertadas «para que los gentiles sean coherederos, y miembros del mismo cuerpo, y participantes de su promesa en Cristo por medio del evangelio». Así, el Señor se ha reclamado una descendencia numerosa, una vez ignorada por Israel, «los que en otro tiempo no eran pueblo, pero ahora son pueblo de Dios; los que no habían alcanzado misericordia, pero ahora han alcanzado misericordia».

No según el linaje de la carne, sino según el linaje más noble de la fe, estos son los hijos de Abraham, y con el fiel Abraham heredan la misericordia del pacto de Dios. Hoy, la mujer estéril gobierna la casa y es la madre gozosa de muchos hijos. La iglesia gentil tiene sus piedras de zafiro; Dios está en medio de ella para alegrarla.

No menos plenamente persuadido estoy de que esta promesa pertenece a la iglesia judía. Entre los descendientes naturales del antiguo patriarca hebreo, el Señor se ha preservado un pueblo espiritual.

Gloria sea a Su nombre, Él no ha desechado a Su pueblo, al cual conoció de antemano. Incluso en este tiempo presente hay un remanente según la elección de la gracia. De la raza judía hay un cierto número de discípulos, que son testigos de la verdad, regocijándose en Cristo Jesús y adorándolo como su Mesías.

Pero el día aún es oscuro para Israel, densas nubes la rodean, el velo aún está sobre los corazones de sus hijos. Los conversos reunidos de sus tribus son pocos en número en comparación con los de las diferentes ramas de los gentiles. ¿No parece que su copa de aflicción aún no se ha agotado? Dios ha puesto a los hijos de Jacob fuera de su lugar por un tiempo, como castigo por su gran pecado al rechazar a Aquel que sus propios profetas inspirados habían predicho. Pero no dudéis, amados, que su futuro es radiante de esperanza.

Llegará el día, y ese día podría llegar pronto, en que la gloria volverá a Sión, y la excelencia a Judá. La plenitud de los gentiles reconocerá entonces al Señor, cuando los ojos judíos contemplan y reconozcan a Aquel que es el Mesías, Príncipe de Paz. Bien podemos mirar y anhelar con avidez esa era feliz.

Si leo correctamente las Escrituras, las tribus perdidas han de ser convertidas primero y reunidas después, mientras que el pueblo distinguido entre nosotros como judíos ha de ser restaurado a su propia tierra, y entonces convencido al ver al Hombre a quien traspasaron, entronizado con honor y majestad. Aquí la historia del mundo alcanza un clímax majestuoso.

Una vez, con su día de temible retribución, llegó nuestro día de agradecida visitación. Sí, el alba desde lo alto nos ha visitado. ¿Qué se despliega a continuación en el rollo de las dispensaciones? Si el desechamiento de ellos fue la reconciliación del mundo, ¿qué será su recepción sino vida de entre los muertos? Así que, que el pueblo a quien originalmente se le habló esta gran promesa tenga todo el bien que en ella se les había reservado.

Sin embargo, ¿no puede aplicarse este rico consuelo a cualquier iglesia que atravesase un tiempo de depresión? Todas las promesas de Dios son como oro acuñado, de valor puro y destinadas a la circulación. Los principios generales de la promesa pueden ser apropiados por aquellos a quienes son aplicables. Que cualquier iglesia fiel de Jesucristo esté pasando por una prueba severa de persecución y decadencia; si hay en ella una verdadera semejanza con Cristo, la tempestad y la tormenta eventualmente agotarán su furia y cumplirán su propósito; después, seguirá un tiempo de establecimiento y edificación.

Se dice de algunas personas que no pueden librar batallas perdidas. No es necesario que nos aceche tal fatalidad. Siempre debemos mantener nuestra posición, porque cuando hemos sido

derrotados en el conflicto, siempre tenemos ante nosotros la perspectiva de que al final seremos vencedores, ya que nuestras derrotas son permitidas para nuestra disciplina sin peligro para nuestro destino. «Un tropel vencerá a Dios, pero Él vencerá al final». ¿Dónde estaría el honor de una victoria que se obtuviera sin lucha? ¿No es más bienvenido el premio cuando se ha competido por él con fatiga y esfuerzo? ¿No consideramos cualquier tipo de éxito más dulce por el trabajo gastado y las dificultades superadas para alcanzarlo? ¿Vamos a esperar honor sin trabajo?

Ánimo, pues, iglesia afligida, y no desfallezcas en el día de la adversidad, porque Dios ha puesto frente a él el día de la prosperidad, cuando serás edificada con todas las riquezas y tesoros de Su gracia, y cuando tu boca se llenará de risa, y tu lengua de cánticos, y entonces dirás: «Grandes cosas ha hecho el Señor con nosotros; estamos alegres».

Si, ahora, mi texto es válido para la iglesia gentil, y para el remanente de Israel, y si puede servir para alegrar y animar a las pequeñas iglesias cristianas, no solo en nuestra propia tierra, sino en todas las regiones de la tierra donde Cristo es predicado, ¿no puede aplicarse de igual manera a la experiencia de los creyentes individuales, y no podemos encontrar en él un rico trago de consuelo para nosotros mismos?

Depended de ello, hermanos, nuestro período de prueba y sufrimiento llegará a su fin, y será gobernado en la graciosa providencia de Dios para la promoción de nuestra mejor prosperidad y nuestros más altos intereses. Podemos ser afligidos y azotados por la tempestad, pero por esta misma causa, finalmente, tendremos nuestros cimientos puestos sobre zafiros, y nuestras piedras sobre hermosos colores. Me esforzaré por desarrollar este pensamiento en relación con tres tipos de angustia que suelen levantar una tempestad en el alma del creyente.

La primera es la gran tormenta de la vida en la que somos convertidos de las tinieblas a la luz, y del poder de Satanás a Dios; la segunda, las tormentas comunes de la vida en las que diversas aflicciones nos sobrevienen, y muchas tentaciones prueban nuestra fe; y la tercera es la última tormenta, que trae consigo el naufragio de nuestra frágil barca después de todo su vaivén en el mar agitado de la vida, la muerte del cuerpo; entonces no más fatiga, no más angustia, porque entraremos en el puerto de reposo y disfrutaremos de una paz sin fin.

Ahora, con respecto a—

I. EL AMANECER DE NUESTRA VIDA ESPIRITUAL.

¿No es cierto que casi todo cristiano nace de una tormenta? Somos llevados a Cristo por la presión del temporal. Miramos a Él porque no tenemos otro lugar al que recurrir en busca de refugio. Vamos a

la deriva hacia Cristo, todos nosotros, como marineros que están a punto de estrellarse contra las rocas, con toda nuestra justicia naufragada y todas nuestras otras esperanzas perdidas para siempre.

Esa primera tormenta con algunos de vosotros puede haber durado mucho. Durante meses o años, puede haber amenazado vuestra destrucción. Lo recordáis, y pensáis en ello ahora que la tempestad se ha calmado, que el cielo está despejado, y habéis llegado a descansar tranquilamente en Jesucristo. ¿Creéis que perdisteis algo con esa tormenta? ¿No sabéis que ganasteis mucho? Perdisteis lo que era bueno para vosotros perder. Ganasteis las mismas bendiciones que más necesitabais.

¿Hablo con alguien que en esta hora está en medio de tal prueba? El que se sienta en los cielos os mira a través de esta tormenta, y os dice: «Oh afligida, azotada por la tempestad y sin consuelo, he aquí que yo cimentaré tus piedras sobre hermosos colores». Estáis afligidos con un sentido de pecado, la más terrible y aguda de todas las aflicciones. Las flechas de la adversidad son romas en comparación con las de la culpa. Las aflicciones sin pecado que las agraven son como un cuchillo sin filo, no cortan profundamente. Pero cuando hay pecado para afilar la hoja, entonces el cuchillo corta hasta el hueso.

¿Qué son esos pecados que ahora contristan vuestros corazones con angustia, sino los mismos pecados que una vez fascinaron vuestros corazones con deleite? Sintiendo que Dios está enojado con vosotros, cada incidente o acto de la providencia os parece una señal de juicio. Terrores os acosan en cada ráfaga de viento que sopla, y buscáis en vano liberaros de vuestra actual condición desolada.

Aguanta, hombre, no desesperes. Mejor es ser herido con dolor y sufrir las punzadas agudas de una conciencia herida, que continuar con paso tambaleante, canción superficial y charla frívola para disfrutar de los placeres del pecado por un tiempo, y luego descubrir vuestro error cuando sea demasiado tarde, porque seréis barridos como la paja de la era. Vuestras aflicciones, si os llevan a Dios, resultarán ser la disciplina más saludable y las circunstancias más felices que jamás os hayan sucedido. «Oh afligida», dice Dios, «cimentaré tus piedras sobre hermosos colores», como si, en la amargura del arrepentimiento, encontrarais la bienaventuranza de la remisión, y los rayos de sol más brillantes brillaran sobre vosotros justo cuando las sombras más oscuras cruzaban vuestro camino, y las nubes más pesadas se cernían sobre vuestra cabeza.

¡Volveos a vuestro Dios, oh pecador! Apresuraos a Jesús. Mirad Su sacrificio expiatorio. Para una conciencia afligida como la vuestra, Jesús sangró; Él vino a vendar a los quebrantados de corazón y a proclamar libertad a los cautivos como vosotros.

Notad la siguiente palabra: «Oh afligida, azotada por la tempestad». ¿Describe esto el oleaje y la agitación de vuestro pecho turbado? ¿Sois zarandeados de un lado a otro? Una vez estuvisteis

tranquilos, en calma, varados, y os creíais tan seguros como quietos. Teníais una esperanza propia, y dijisteis en vuestro corazón: «Nunca seré movido». Pero esa esperanza vuestra no era un anclaje seguro. No os sirvió de nada cuando las nubes comenzaron a acumularse y los vientos feroces comenzaron a soplar. Entonces fuisteis zarandeados de acá para allá.

Habéis intentado encontrar algún sostén, algún ancla, pero ¡ay! lo habéis buscado en vano. Sois como un barco que se ha convertido en juguete de los vientos y las olas, y ahora vuestro espíritu se hunde dentro de vosotros. Titubeáis de un lado a otro y vaciláis como un borracho, y estáis en el colmo de vuestra perplejidad. Toda vuestra sabiduría es devorada. No podéis asiros a una promesa, no podéis recibir consuelo de ninguna providencia, no veis vuestras señales, y sin embargo, todo este zarandeo y todo este tumulto, con el peligro en que os coloca, están destinados para vuestro bien.

Así será, en verdad, cuando claméis al Señor en vuestra angustia, y Él os saque de vuestras aflicciones, porque notad la profecía que es hablada por boca del Señor, y decid si no debería inspiraros confianza: «Cimentaré tus cimientos sobre zafiros». Cuando tengáis un fundamento puesto por Dios, será, en verdad, un fundamento seguro, y siendo de zafiro, este fundamento es muy precioso.

No habrá más tristeza ni aflicción para vosotros entonces, sino una satisfacción sagrada que ningún poder de las circunstancias podría estropear. No más os zarandearán el golpeteo de las olas rugientes y los rompientes bruscos, sino que latidos de profundo gozo, como olas del mar poderoso, hincharán su interminable himno en vuestros oídos.

¡Oh! ¡cómo bendeciréis al Señor entonces porque Él os expulsó de vuestro refugio de mentiras y os atrajo a un fundamento seguro sobre el cual pudierais edificar, y ser edificados para la eternidad! Puede que ahora seáis el juguete de la tempestad, vientos fuertes pueden rugir dentro de vuestro pecho, pasiones tempestuosas pueden conmocionar vuestra alma.

Bien recuerdo cuando esa misma tempestad aulló a través de mi espíritu, arrasando con toda esperanza querida y toda vana presunción que había atesorado. Antes de eso, me habría contentado gustosamente con el mundo y las pequeñas ambiciones que presentaba a mi vista. ¡Ah! lo habría hecho, ¡pero no pude! La tempestad de Dios aulló a través de mi alma, y en cuanto a mí, era como una pequeña hoja en una brisa fuerte, o como una pelota ante el torbellino. ¿Estáis pasando por una prueba semejante? No cedáis a la miseria y la locura de la desesperación.

«Aunque sumergido en males, y acosado también por el cuidado,

Sería una traición a vuestra alma si desesperarais;

Cuando presionados por peligros y acosados por enemigos,

Dios interpondrá Su oportuno socorro».

Cuando vuestras emergencias presentes se conviertan en experiencia pasada, las contemplaréis como una preparación adecuada para vuestro mejor destino. Cada vestigio de vuestra propia justicia debe ser quitado, para que Él pueda «cimentar vuestras piedras sobre hermosos colores, y edificar vuestras ventanas con ágata, y vuestras puertas con carbunclos». ¿No están ambos en la promesa, tanto la agitación como la salvación? El Señor ha prometido ambos.

Notad esa palabra *prometido*, cómo es usada por Pablo: «Ahora Él ha prometido, diciendo: Una vez más conmoveré no solo la tierra, sino también el cielo». Observad entonces la consecuencia. La remoción de aquellas cosas que son conmovidas hace lugar para otra cosa, a saber, que aquellas cosas que no pueden ser conmovidas permanezcan. Por lo tanto, nosotros, que sentimos que todo lo terrenal se aleja de debajo de nuestros pies, somos favorecidos para recibir un reino que no puede ser movido. ¿No debería esto reconciliar nuestros corazones con la prueba? ¿No nos hará regocijarnos en ella, si tenemos suficiente fe para creer que ciertamente resultará para nuestro bien?

La otra parte de la descripción – después de ser azotados por la tempestad – es esta: «sin consuelo». ¿No hay nada que podáis hacer para salir de esta dificultad? ¿No hay alivio para aliviar la tensión de vuestra prueba? ¡Ah! pobre alma, sin duda habéis estado buscando luz, y he aquí que había tinieblas, mientras que, al buscar alivio, vuestros dolores se han agravado.

¿Fuisteis al mundo y pedisteis simpatía a vuestros vecinos o parientes? El mejor consuelo que pudieran ofreceros solo heriría vuestros sentimientos. ¿Habéis probado las alegrías y diversiones del pecado, como si quisierais olvidar las flechas del Todopoderoso? ¡He aquí, entonces cómo las visiones del juicio venidero os aterrorizarían!

Quizás sentís que no podéis ser consolados en la tierra; entonces estáis en buen camino para obtener liberación, porque seréis consolados por el Dios del cielo. Si vuestra llaga es tal que ningún emplasto humano podría curarla jamás, gloria sea a Dios, porque bendito sea Su nombre, Él se deleita en encontrar aquellos casos que desafían toda habilidad humana. Allí se verá el poder de Su gracia, y entonces Él enviará Su Palabra y os sanará.

Vuestra angustia extrema es una señal para bien, una señal de que Dios quiere bendeciros. Si vuestra alma rehúsa ser consolada por el hombre – si habéis sido llevados a un punto muerto, en el que esperáis solo a Dios – entonces de vosotros está dicho: «Cimentaré tus piedras sobre hermosos colores, y tus cimientos sobre zafiro». Él realizará todas las cosas por vosotros y hará en vuestro favor lo que vosotros no podéis hacer por vosotros mismos.

Todo cristiano, creo, se unirá a mí para confesar que los tratos del Señor con nosotros siempre han desafiado nuestro propio entendimiento, hasta que hemos sido llevados a ver el fin del Señor, como Job lo vio, que el Señor es lleno de compasión y de tierna misericordia. Nuestras pérdidas más pesadas nos han enriquecido así con nuestras ganancias más escogidas. Las cosas que, al suceder, nos causaron el mayor terror, han resultado para el avance de nuestros mejores intereses, y de la misma manera, creo, cuanto más sentís el peso del pecado, la majestad de la ley y las exigencias inflexibles de la justicia divina, más dulce será después vuestra comprensión de la culpa removida por la sangre de Cristo, de la ley cumplida por Su obediencia, y de la justicia satisfecha por Su fianza.

Si os hundisteis tan bajo como se hundió Jonás, cuando estaba en el vientre del pez y clamó al Señor a causa de su aflicción, cuando, como testifica: «Desde el seno del Seol clamé, y oíste mi voz», entonces podríais purgaros de toda falsa confianza, como hizo Jonás, diciendo: «Los que siguen vanidades ilusorias abandonan su misericordia». Entonces, también, con voz de acción de gracias pagaríais vuestro voto como hizo Jonás, cuando dijo: «La salvación es de Jehová».

Ánimo ahora, oh afligidos, azotados por la tempestad y sin consuelo. No derramáis nuevas amarguras en vuestra copa murmurando contra Dios y quejándoos de Sus dispensaciones. Más bien clamad con fuerza y orad con fervor, para que el Dios, que ha hecho que vuestra experiencia coincida con el primer versículo del texto, os dé a realizar la plenitud de esa recompensa que se promete en el versículo siguiente. Y así vuestros suspiros se convertirán en canciones. Así cantaréis con David: «Tú, que me has hecho ver muchas angustias y males, volverás a darme vida, y de nuevo me levantarás de los abismos de la tierra. Aumentarás mi grandeza, y me consolarás por todas partes». Día feliz, alma querida, cuando seáis librados de esta primera tormenta.

Sin embargo, hay—

II. OTRAS TORMENTAS DE LA VIDA QUE LOS HIJOS DE DIOS TIENEN QUE ENFRENTAR.

Después de encontrar a Cristo, nos encontramos con muchas aflicciones; somos «azotados por la tempestad y sin consuelo».

Me parece que el profeta ha usado una metáfora muy notable. Supongamos que tenéis un hogar, una casa querida por muchas asociaciones agradables. Una noche, un incendio llega a esta alegre morada. Estáis de pie con lágrimas en los ojos y la veis arder por completo, y la observáis mientras se consume, piso por piso, habitación por habitación, hasta que todos vuestros preciosos tesoros son consumidos. Os vais y os sentáis, y os retorcéis las manos con agonía, porque todo está quemado, no queda ni un vestigio. Pero con el primer amanecer, un ángel se os aparece y os dice: «Ven conmigo al lugar donde una vez estuvo tu hogar».

Vais y encontráis que todas las piedras que componían vuestra casa se han convertido en joyas, y toda la cal y el cemento se han transformado en colores brillantes, escarlata, lustrosos, y el pavimento y losas se han vuelto zafiro. Vais a la puerta, hay joyas – carbunclos; miráis por las ventanas, y en lugar de ser, como antes, marcos y alféizares comunes, encontráis ágatas centelleantes. Estáis mirando casi como si tuvierais la lámpara maravillosa de Aladino, que transformaba todo.

Bien, creo que ese es precisamente el pensamiento de este versículo; leámoslo de nuevo: «Cimentaré tus piedras sobre hermosos colores, y tus cimientos sobre zafiros; y pondré tus ventanas de ágata, y tus puertas de carbunclos, y todos tus límites de piedras preciosas». «Bien», decís vosotros, «eso es un hecho, y no una fantasía o un sueño para mí; lo he experimentado. Se encendió un fuego sobre mí que ardió en mi alma, hasta reducir a cenizas todos los bienes de los que me enorgullecía, mis esperanzas fueron arrasadas, y quedé desolado, mis noches fueron en vela, y todos mis huesos estaban llenos de dolor; esto he probado.

Entonces, de repente, se ha obrado en mí un cambio maravilloso. Mi alma ha tenido tal gozo, tal bendición, tal cercanía a Cristo, tal deleite en Su Palabra, tales crecimientos de un templo espiritual, mucho más rico que todos los palacios de la imaginación oriental, surgiendo de un horno de aflicción que ningún lenguaje común podría describir». Repasemos estas cosas una por una, tal como nos son pintadas por la lengua de la inspiración.

Estáis zarandeados y sin consuelo, soportadlo con paciencia, sabiendo que el bien os vendrá de una forma mucho mejor y más rica. Observad cómo comienza con la edificación. «Cimentaré tus piedras sobre hermosos colores». En el tiempo de prueba no solo obtenemos la demostración, sino también el provecho de la experiencia, y estos resultados son colocados sobre hermosos colores. ¿Creéis que es posible que relate todas las lecciones saludables que he adquirido en la aflicción? La verdad se aprende así de una manera completamente diferente a cualquier cosa enseñada en la escuela dominical.

Podéis luego renunciar a todo el crédito que alguna vez profesasteis en la enseñanza, que se basa meramente en la autoridad del maestro, pero cuando la aflicción de Dios graba la verdad en lo más profundo de vuestra alma, entonces sois a prueba de balas contra toda heterodoxia, y no es posible que la doctrina en la que habéis sido enraizados y cimentados pueda jamás soltar su dominio sobre vosotros. Ha encontrado una entrada en vuestra alma misma; ¿no es ese un gran medio de firmeza?

Un cemento tan fuerte une las piedras con las que está construido vuestro templo espiritual, y por medio de tal experiencia personal, vuestro carácter se moldea y se forma según las verdades del

Evangelio. Así, como la aflicción no es enviada sin diseño, un beneficio que debéis esperar de ella es que se obrará en vosotros un fundamento sólido y básico.

Pero, hermanos, no dejaréis de notar que, mientras la Palabra del Señor se dirige a los afligidos, la mano del Señor se ocupa muy particularmente en su favor. «Cimentaré tus cimientos sobre zafiro». Los tiempos de calamidad pública prueban nuestro fundamento, y también todos los tiempos de aflicción privada.

Cuando las emociones naturales se excitan violentamente, todas las creencias y sentimientos, todas las esperanzas y aspiraciones a las que los hombres se han aferrado en días más tranquilos, se ponen a prueba, y si no están bien y verdaderamente fundamentadas, pueden ser fácilmente desplazadas. Este, por lo tanto, es uno de los efectos saludables de la aflicción santificada: en el proceso de tal disciplina, llegamos a tener el fundamento de nuestra fe puesto por una mano divina. «Yo pondré tus cimientos».

El Señor se acerca a nosotros y obra en nosotros según Su propia y soberana buena voluntad, impartiéndonos la fe verdadera y el amor ardiente que están en consonancia con la verdad. Entonces tenemos fundamentos duros como el zafiro, y tan preciosos, tan irrompibles, tan divinos. Sentimos que ahora hemos recibido la verdad, no en el mero abstracto, sino en su poder vital, su influencia moral y su belleza espiritual, como el sustrato de nuestras almas y como un fundamento de nuestra esperanza que nunca podrá ser removido.

¡Qué cambio tan encantador se produce también en nuestra perspectiva! «Tus ventanas de ágata». Antes de ser afligido, miraba a través de los enrejados del sentido carnal, bien contento, aunque las cosas de esta vida y los objetos cercanos limitaban mi vista; pero ahora he aprendido a mirar hacia arriba y a anhelar la vida venidera y la tierra que está lejana. Ahora mi alma dice: «¡Oh, si tuviera alas como de paloma, para volar y estar en reposo!», y mientras abro la ventana hacia la nueva Jerusalén, canto:

«Breve vida es aquí nuestra porción,

Dolor y cuidado de corta duración;

La vida que no conoce fin,

La vida sin lágrimas está allí».

Es maravilloso cómo la aflicción limpia las ventanas del alma. Encuentro que la palabra «ventanas» aquí podría traducirse mucho mejor como «baluartes», «defensas», como para mostrar la

manera en que somos fortificados contra la tentación y habilitados para resistir la fuerza destructiva de esas extrañas vicisitudes y peligrosas ondulaciones que son comunes a esta vida tempestuosa.

Amado, ¿has aprendido a volar a la Roca para refugiarte? ¿Has llegado a esconderte detrás del Salvador moribundo? ¿Conoces la melodía del salmo de David: «Bendito sea el SEÑOR, mi roca, que adiestra mis manos para la guerra y mis dedos para la batalla; mi misericordia y mi fortaleza, mi torre alta y mi libertador, mi escudo y en quien confío»? Entonces tu dolor piadoso ha producido algunos resultados felices; no en vano tu espíritu ha sido abrumado dentro de ti. Esta es una lección que se adquiere en la escuela de la adversidad, mediante la cual somos llevados a descansar en el Señor de manera más perdurable que nunca antes, y así probamos que Él ha hecho de nuestros baluartes de ágata.

Aún más, se dice: «Haré tus puertas de carbunco», como para insinuar una comunión más cercana e íntima con Dios. Nos acercamos más a Cristo, pensamos más en Él, pasamos más tiempo en meditación, llegamos a entender más de Su obra y Su persona, dirigimos nuestros corazones más plenamente hacia Él y los bienes de Su gracia después de que la tempestad ha gastado su furia, y el claro resplandor ha seguido. Ciertamente, si la aflicción no hiciera nada más por nosotros, sería una gran bendición. Quita las puertas de hierro y madera, y nos da puertas de carbunco, y decimos:

«Ven, entonces, oh, tú, dulce aflicción,

Así para traer a nuestro Salvador cerca».

Estoy completamente seguro de que muchos de nuestros vaivenes y golpes han producido un beneficio permanente que ha dado tono a nuestro carácter y ha derramado una luz santificada sobre toda nuestra carrera. Encuéntrame a un cristiano cuya conversación esté llena de rico sabor, cuyo juicio esté templado con caridad, alguien cuyo celo ferviente se mezcle con la mansedumbre de la sabiduría, y les aseguraré que, por regla general, ha visto mucha aflicción.

«Los que descienden al mar en naves, y hacen negocio en las muchas aguas, ellos ven las obras del SEÑOR y sus maravillas en el profundo». Los médicos a menudo recomiendan un viaje por mar a sus pacientes. ¿Creen que es meramente por el aire fresco que respiran? No, puedo decirles que hay más que eso en la prescripción. Rompe los vínculos que atan a uno a la vida cotidiana. Hay una soledad en esa vasta extensión de aguas que no admite que el periódico o la oficina interrumpen el silencio de tus reflexiones. Tu país, tu oficina, tus amigos, tu hogar, están todos a distancia. Las comunicaciones que solías tener con ellos están rotas. ¿Y no es así con los discípulos de Cristo, cuando Él los obliga a subir a un barco y los deja un tiempo para ser zarandeados por las olas en medio del mar? ¿No sienten entonces una profunda soledad que cambia el matiz de todos sus pensamientos?

Presten atención a lo que dijo aquel que fue el más triste de todos los antiguos profetas hebreos: Jeremías, en sus Lamentaciones, da este testimonio: «Bueno es para el hombre llevar el yugo en su juventud; se sentará solo y guardará silencio, porque lo ha llevado sobre sí». No hay lugar a dudas, amigos, el dolor es saludable. Las gemas más brillantes de Dios han tenido el mayor pulido en las ruedas del lapidario. El trigo más puro y limpio es aquel que ha tenido más aventamiento.

Sin duda, crecemos en gracia en nuestros tiempos de gozo, pero creo que es un trabajo lento. Hay frutos preciosos producidos por la luna, así como frutos preciosos producidos por el sol. Los días brillantes nos marchitarían si no hubiera noches sombrías para templar nuestra alegría. Somos como el sicómoro. A menos que tuviéramos pruebas, nunca llegaríamos a la perfección espiritual.

¡Bien! Tenemos motivos para estar agradecidos si, hablando experiencialmente, podemos decir: «Todas las tormentas que hasta ahora hemos encontrado nos han sido bendecidas; todos nuestros vaivenes y tempestades han favorecido nuestro buen progreso, y todas las convulsiones que han sacudido nuestra casa han contribuido hasta ahora a que sea edificada con piedras colocadas en hermosos colores sobre un cimiento de zafiro».

Y ahora, por último:

III. EL MISMO FELIZ RESULTADO DE TODAS NUESTRAS AFLICCIONES OCURRIRÁ, EN UN SENTIDO MÁS GRANDIOSO, CUANDO SOPLARÁ EL ÚLTIMO HURACÁN.

Entonces este frágil tabernáculo se tambaleará y caerá. Entonces el ojo, el oído, la mano y el pie nos fallarán. Entonces esta débil carne volverá a la madre tierra. Sé que la casa terrenal de mi tabernáculo será disuelta; lo espero, lo aguardo. La aflicción puede tomar la forma de una enfermedad grave; los vaivenes de un lado a otro en mi lecho pueden ser perturbadores; puede ser que ningún calmante pueda aliviar mi dolor o consolarme. ¡Pero oh, la gloria que ha de seguir!

Este mismo cuerpo nuestro —¿quién dirá cómo será? Sabemos que será transformado y hecho semejante al cuerpo glorioso de Cristo Jesús nuestro Señor. Podemos soportar pacientemente la cruz, ya que tan pronto recibiremos la corona; podemos descender plácidamente al sepulcro, ya que tan triunfalmente resurgiremos de él; podemos despedirnos alegremente de nuestros alojamientos aquí, ya que tenemos un hogar en perspectiva donde todos nuestros parientes se reunirán y nuestro Padre nunca estará ausente.

Hermanos, estamos, por así decirlo, hoy en un barco en el mar, zarandeados por la tempestad, pero dentro de poco estaremos en un palacio. Observen cómo cambia la figura: nunca más zarandeados, nunca más puestos en un mar tempestuoso. Como edificios y mansiones, seremos fijos y permanentes. En esa tierra de nuestra herencia hay una propiedad con su cimiento de zafiro, con sus

ventanas de ágata, con sus puertas de carbunco. ¡Qué dulce sorpresa para los hijos de la pobreza en la tierra!

Esas joyas, dado que las joyas siempre están conectadas con el rango o la realeza, están destinadas a simbolizar los honores en el próximo mundo para aquellos que son humildes y fieles en su sagrado llamamiento aquí. Tendrán tales palacios que la extravagancia oriental nunca podría emular. ¿Acaso pertenece a los reyes morar en palacios? Ustedes serán reyes y sacerdotes para Dios. Unos pocos días más de languidecimiento, con sus débiles esperanzas y temores inquietantes, sus sienes palpitantes y pulso febril, antes de que Cristo les ordene venir. El Maestro los llama. Deben obedecer el llamado. ¿Y qué sigue? Para siempre con el Señor.

Creo oírles decir: «Amén, así sea». Noten cómo tres veces aquí se repite: «Yo pondré», «Yo haré», «Yo haré». Dios lo ha dicho y lo hará. Crezcan y regocíjense en ello, porque no es ficción, sino un hecho. Dentro de poco dejarán su choza por una mansión; su trabajo será cambiado por descanso; su deshonra por gloria; su dolor por placer infinito. Encontrarán nueva compañía, y mejor, en aquel mundo de luz. Aunque cierren sus ojos a las hermosas perspectivas de abajo, escenas más hermosas les esperan arriba. ¡Sean consolados!

A pesar de cualquier angustia que la última tempestad pueda ocasionarles, dependan de ello, «el morir es ganancia». No perderán nada que valga la pena conservar. Ganarán todo «lo que sus amplias facultades puedan desear, más de lo que su imaginación pueda pintar». Avancen, amados, y que la confianza de un futuro gozoso los haga audaces para desafiar la tempestad y la tormenta. La paz sea con ustedes.

¡Ay, entonces, si no están en Cristo, si no son hijos de Dios, esta promesa se desvanece ante sus ojos! No tienen parte ni suerte en ella. Que Dios cambie sus corazones, renueve su naturaleza, los lleve a recibir a Cristo y creer en Él; entonces Él les dará a ser sus hijos e hijas. Así su heredad estará segura para siempre. Amén.

EXPOSICIÓN DE C. H. SPURGEON

ISAÍAS 54:1-16

Procuren extraer toda la dulzura que puedan de este capítulo mientras lo leemos. La aplicación personal de una promesa al corazón por el Espíritu Santo es lo que se necesita. La miel en el bosque de Jonatás nunca iluminó sus ojos hasta que mojó la punta de su vara en ella y la probó. Intenten hacer lo mismo. Este capítulo es el bosque donde cada rama gotea miel virgen. Beban, prueben, queden satisfechos.

Versículos 1-3. «Canta, oh estéril, tú que no parías; prorrumpes en cántico y da voces, tú que nunca estuviste de parto; porque más serán los hijos de la desamparada que los hijos de la casada, ha dicho el SEÑOR. Ensancha el sitio de tu tienda, y las cortinas de tus habitaciones sean extendidas; no seas escasa; alarga tus cuerdas, y refuerza tus estacas; porque te extenderás a la mano derecha y a la mano izquierda; y tu descendencia heredará naciones, y habitará las ciudades desoladas».

Ven que son llamados a alabar a Dios antes de que llegue la misericordia. «Canta, oh estéril», mientras aún eres estéril. Canta, oh desolada, mientras aún estás desolada, y tú que estás angustiada y confinada en espacio, da gracias a Dios porque Él está a punto de ensancharte, y comienza ya a estirar tus cuerdas y reforzar tus estacas. Debemos actuar por fe y cantar por fe. Los cánticos que se hacen a la vista de la misericordia son muy dulces, pero los cánticos que se cantan antes de que llegue la misericordia son los más aceptables para Dios. Podemos decir de los sonetos de la fe: «Bienaventurados los que no vieron, y creyeron».

4. «No temas; porque no serás avergonzada; ni te avergüences, porque no serás afrentada; sino que te olvidarás de la vergüenza de tu juventud, y de la afrenta de tu viudez no tendrás más memoria».

El pasado oscuro, el pasado triste, será tan borrado por la misericordia abundante que lo olvidarán. Su memoria no será dolorosa. Será solo como un contraste detrás del brillante diamante de la poderosa misericordia, si es que lo recuerdan.

5. «Porque tu marido es tu Hacedor;»

Unido a ustedes por los lazos más queridos, más estrechos y más duraderos.

5-7. «El SEÑOR de los ejércitos es su nombre; y tu Redentor, el Santo de Israel; Dios de toda la tierra será llamado. Porque como a mujer abandonada y triste de espíritu te llamó el SEÑOR, y como a esposa de la juventud que es repudiada, dice tu Dios. Por un breve momento—»

No «un momento», sino «por un breve momento».

7-8. «Te abandoné; pero con grandes misericordias te recogeré. Con un poco de ira escondí mi rostro de ti por un momento; pero con misericordia eterna tendré compasión de ti, dice el SEÑOR tu Redentor».

Esto pertenece a toda la iglesia de Dios. Sé que podríamos referirlo todo a la iglesia en general, pero los invito esta noche a recordar que lo que pertenece a la iglesia como cuerpo pertenece a cada miembro de ese cuerpo místico. Por lo tanto, banqueteen aquí. No tengan miedo. Tomen estas palabras como dichas a ustedes, incluso a ustedes, por Dios el Espíritu Santo.

9-10. «Porque esto me será como en los días de Noé: como juré que las aguas de Noé no pasarían más sobre la tierra; así he jurado que no me enojaré contra ti, ni te reprenderé. Porque los montes se moverán, y los collados temblarán; pero no se apartará de ti mi misericordia, ni el pacto de mi paz se quebrantará, dice el SEÑOR, que tiene misericordia de ti».

¿Qué más puede decir Él de lo que ya te ha dicho? ¿Qué prendas más seguras puede dar? Oh, descansa, descansa, descansa, dulcemente descansa, en esta segura palabra del amor del pacto. Entonces deja que los montes se muevan. Él te dijo que lo harían. Entonces deja que los collados de tu consuelo se hundan. Él te dijo que lo harían. Pero incluso entonces, cuando la tierra misma se tambalea, y los mismos pilares del universo se rompen, Él permanece siendo el mismo. «He jurado que no me enojaré contra ti, ni te reprenderé».

11. «Pobrecita, fatigada con tempestad, sin consuelo; he aquí que yo cimentaré tus piedras sobre carbunclo, y sobre zafiros te fundaré».

Edificado con joyas.

12. «Y pondré tus ventanas de piedras preciosas, y tus puertas de carbunclos, y toda tu cerca de piedras deleitosas».

Deben ser vistas raras si las ventanas son tan raras. Si las ventanas son de ágata, ¿cuáles son las vistas que se ven a través de ellas? Y si las mismas puertas y entradas son carbunclos, ¿qué debe haber en la casa de amor en el interior? Si los mismos bordes y los flecos exteriores de los dominios reales del cielo son de piedras preciosas, ¿qué debe ser estar allí? Recuerden que lo mejor de este mundo es pisoteado en el mundo venidero, porque se nos dice que las calles están pavimentadas con oro. Los hombres lo persiguen aquí, y lo pisotean allí, porque tienen algo mejor allí de lo que este mundo puede posiblemente proporcionarles.

13. «Y todos tus hijos serán enseñados por el SEÑOR;»

Debe ser un privilegio mayor, que ventanas de ágata y puertas de carbunclo, ver a nuestros hijos — ver a todos los hijos de Dios— enseñados por Su propio Espíritu.

13. «Y la paz de tus hijos será grande».

Esa es la perla más preciosa de todas, con su suave resplandor, preciosa para el alma.

14-15. «En justicia serás establecida; estarás lejos de opresión, porque no temerás; y de temor, porque no se acercará a ti. He aquí que ciertamente se juntarán, pero no por mí;»

Los enemigos vendrán, pero Dios no estará con ellos.

15-16. «Cualquiera que se junte contra ti, caerá por causa de ti. He aquí que yo he creado al herrero que sopla las ascuas en el fuego, —»

Porque no puede soplar más de lo que Dios le permite. Es criatura de Dios. El hacedor de las armas de guerra está aún en las manos de Dios.

16. «Y que saca la herramienta para su obra; y yo he creado al destructor para destruir».

Cuando hace lo peor, solo está haciendo lo que yo quise que hiciera. El decreto divino de Dios todavía, con su poderoso círculo, abarca la peor obra del hombre, y la sobrepuja todo para el bien de Su iglesia.

Tomado de The Metropolitan Tabernacle Pulpit, Colección C. H. Spurgeon. Solo se han realizado los cambios necesarios, como la corrección de errores ortográficos, algunos usos de puntuación, el uso de mayúsculas para los pronombres de la deidad y una actualización mínima de algunas palabras arcaicas. El contenido no está abreviado. Recursos adicionales basados en la Biblia están disponibles en www.spurgeongems.org.